

*El retorno de la «tradición»  
liberal-conservadora  
(El «discurso» histórico-político  
de la nueva derecha española)*

*Pedro Carlos González Cuevas*

Hace más de treinta años, el historiador José Antonio Maravall señalaba, en un contexto político muy diferente del actual, como una de las características más negativas de nuestra historia reciente la ausencia de un partido genuinamente conservador <sup>1</sup>. Por esas mismas fechas se estaba gestando, sin embargo, un proceso de carácter social, económico y cultural que iba a hacer posible la emergencia de una nueva derecha de claro signo liberal-conservador. El desarrollo económico de los años sesenta y el Concilio Vaticano II provocaron una profunda crisis de identidad en el conjunto de las fuerzas conservadoras insertas en el régimen político nacido de la guerra civil. Estos cambios crearon un marco distinto para la actuación de las instituciones que habían otorgado legitimidad a la guerra civil y al orden surgido en ella. La crisis del régimen del general Franco tuvo una de sus causas más profundas en la progresiva desaparición de la cultura dvica en que se apoyó en sus inicios el franquismo. La retirada de apoyo popular al régimen fue debida a los cambios sociales, económicos y culturales acontecidos durante la década de los años sesenta y el primer lustro de los setenta <sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> «La ausencia de un partido conservador», *Cuadernos para el Diálogo*, núm. 4, enero 1964, pp. 22-23.

<sup>2</sup> Vid. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *Perfil ideológico de la derecha española (Teología política y orden social en la España contemporánea)*, tomo II, Universidad Complutense, Madrid, 1993, pp. 1246 Y ss.

En ese contexto, el proyecto conservador, entendido por tal aquel que apoyan los sectores sociales con vocación de dirigir el desarrollo capitalista español, necesitaba con urgencia un nuevo edificio espiritual, un alma nueva de ideas que sirviera para unir un pasado que tiene que persistir con los factores de innovación que han aparecido, de modo que se mantuviera una sustancial continuidad histórica.

La historia no podía permanecer ajena a esta necesidad política. La «transición» hacia la democracia liberal llevaba consigo un proceso de «invención de la tradición», es decir, la invocación a un pasado *ad hoc* concebido para explicar ideológicamente el presente y, sobre todo, para legitimar un proyecto de futuro que rompe con el pasado fáctico presuntamente a rescatar<sup>3</sup>. En el caso de la derecha española este proceso implicó, no sin dificultades, una revalorización de la «tradición» liberal-conservadora, que supuso un nuevo entendimiento de la historia española y de la identidad de España como nación. Todo lo cual llevó a la elaboración de un conjunto de simbolismos políticos que incluyen textos «sagrados», como la Constitución de 1978; instituciones «ejemplares», como la Monarquía constitucional; mitos edificantes, como la relectura del sistema político de la Restauración, como antecedente del actual, y la evocación de figuras carismáticas, como Cánovas del Castillo, Manuel Azaña o Juan de Borbón; lo mismo que la aceptación de la realidad «plural» de España como nación.

### 1. José María Aznar: El discurso histórico-político de la nueva derecha española

Estos planteamientos se dejan traslucir en la mayoría de los discursos y escritos del líder del Partido Popular, José María Aznar López, cuyo contenido guarda un cierto rigor constructivo, una línea meditada y compacta no exenta de la inevitable parafernalia retórica. Es obvio, por otra parte, que Aznar no es un hombre de pensamiento, sino, sobre todo, un político muy apegado al terreno, que varía el rumbo con reflejos cuando lo considera oportuno. Sus discursos

---

<sup>3</sup> HOBBSBAWM, Eric J., y RANGER, Terence, *La invención del/a tradición*, Turín, 1987, pp. 3 y ss.; WILLIAMS, Haymond, *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Paidós, Barcelona, 1982, pp. 169 Y ss.; PÉREZ DÍAZ, Víctor, «La emergencia de la España democrática», *Claves de Razón Práctica*, núm. 3, junio 1991, pp. 62 Y ss.

sos parlamentarios y sus escritos políticos merecen la pena de ser leídos, aunque sólo sea para constatar este hecho. Aznar se considera portavoz y miembro de una nueva generación de políticos cuya sensibilidad vital se diferencia fundamentalmente de la generación anterior, la de los llamados «nietos de Franco», marcados todavía por la experiencia del sistema político nacido de la guerra civil. Se trata de una generación que «mira atrás sin ira»; que «no tiene que justificar cambios de ideologías ni padece de mala conciencia democrática», y que, por tanto, puede asumir eficazmente la dirección de la sociedad española <sup>4</sup>.

En ese sentido, Aznar pretende dar una nueva cultura de gobierno para la derecha española en su conjunto, valorando más los elementos de «consenso» en la vida política, comprendiendo el importante papel de las ideas y de la opinión pública en la sociedad industrial. Aznar se considera «heredero de la tradición liberal y constitucional española» <sup>5</sup>. Aunque en su juventud fue simpatizante del falangismo contestatario, el líder del Partido Popular ha asumido plenamente los contenidos y postulados del liberalismo-conservador europeo. Como Francis Fukuyama, Aznar considera que el liberalismo no es ya una ideología entre otras ideologías, sino el último punto de llegada del pensamiento moderno, que ofrece a la acción práctica una idea moral —la libertad como principio universal no particularista de acción política— es, en ese sentido, «la única ideología con derecho a ciudadanía en el mundo contemporáneo»: «el idioma de la Humanidad» <sup>6</sup>.

La asunción del liberalismo implica una nueva interpretación de la historia de España y de la identidad nacional, distinta a la del tradicionalismo cultural legitimador del régimen del general Franco. Aznar no duda, en ese sentido, en hacer suyo el concepto orteguiano de nación. El hecho nacional no es esencialmente algo dado, que está ahí como subproducto o como revelación de la tradición histórica; es un proyecto colectivo, racionalizado, que se edifica por las élites intelectuales y políticas a partir del conocimiento de la realidad. Partimos de una herencia y, recogiendo sus datos, proyectarnos con ellos nuestro futuro: «El orteguiano “proyecto sugestivo de vida en co-

---

<sup>4</sup> AZNAR, José María, *Libertad y solidaridad*, Barcelona, 1991, p. 37.

<sup>5</sup> AZNAR, José María, *La España en que yo creo. Discursos políticos (1990-1995)*, Madrid, 1995, p. 226.

<sup>6</sup> AZNAR, José María, *Libertad y solidaridad*, Barcelona, 1991, pp. 15 y 17.

mún” se apoya en una experiencia y una comunidad de vida en el pasado y en el presente y, por tanto, no liga a la nación de modo exclusivo a ninguna de sus expresiones concretas» 7.

De la misma forma, Aznar ha intentado enlazar, contradictoriamente a mi modo de ver, su perspectiva liberal-conservadora con la figura y la obra de Manuel Azaña, en cuyo proyecto político ve un deseo de «integración nacional e integración democrática», «un patriotismo crítico, creativo, activo, digno y liberal». «Protesto —dirá, en una ocasión— que sea necesario estar a la izquierda para respetar la figura de Azaña» 8.

En los discursos del líder popular son abundantes las citas de historiadores como Sánchez Albornoz, Américo Castro, Menéndez Pidal, Marañón y Menéndez Pelayo. En el caso de este último, otrora intérprete dotado de autoridad para la derecha tradicional española, se trata, matizará Aznar, de «el Menéndez Pelayo de la madurez», supuestamente de vuelta de sus exageraciones tradicionalistas juveniles, cuya visión plural, pero, al mismo tiempo, unitaria de la nación española, resulta aceptable en función de las nuevas circunstancias políticas 9. Aznar apenas insiste, en este sentido, en los factores religiosos configuradores de la nacionalidad española: su visión es desecralizada, no esencialista; e incluso condena, de acuerdo con la vieja crítica liberal y regeneracionista, «la intransigencia religiosa» que «ha alejado de nuestro seno a grupos cuya ausencia nos ha empobrecido humana y materialmente» 10.

A tenor de estas actitudes, su punto de partida es la afirmación de que España constituye un claro y acabado ejemplo de nación, 10 cual no es incompatible con la existencia de profundas diferencias culturales en su interior: «Como muchas otras grandes naciones, España es plural: multilingüe, diversa, heterogénea y pluricultural.» «España es una nación en el sentido político y en el sentido cultural. Una nación históricamente compleja, pero una nación...» 11.

La nación surge de un lento proceso de agregación. Se trata de

7 AZNAR, José María, *op. cit.*, p. 142; *España. La segunda transición*, Madrid, 1994, pp. 27 Y ss.

8 AZNAR, José María, *Libertad y solidaridad*, p. 159; *La España en que yo creo...*, p. 158.

9 AZNAR, *La España en que yo creo...*, p. 140; *España. La segunda...*, cit., p. 203.

10 AZNAR, *España. La segunda transición*, p. 29.

11 AZNAR, *La España en que yo creo...*, p. 140.

una empresa que los miembros de la comunidad política hacen juntos, un quehacer colectivo, movimiento de la capacidad creadora de una voluntad concorde: «Sería ridículo ignorar que España se formó a base de sucesivas agregaciones y que éstas fueron conformando su ser nacional sin perder por ello sus identidades originarias» 12.

La gestación de España como nación es el resultado de un largo devenir histórico en el que intervienen de forma decisiva instituciones tradicionales como la Monarquía, factor de integración de los distintos pueblos de España en un proyecto común. A ese respecto, Aznar permanece fiel a la visión historicista propia del grueso del liberalismo conservador español, cuyos máximos representantes son Cánovas y Maura: «Durante quinientos años la Monarquía española ha sido el vínculo y el vértice de ese edificio nacional» 13.

El surgimiento de una realidad nacional no supone la liquidación, ni la anulación, de los distintos pueblos integrados en ella. Existe una posibilidad de reajuste, una concesión a la voluntad política de los integrantes que el líder popular ve plasmada en la Constitución de 1978 a través del llamado «Estado de las autonomías», como medio de canalizar y encauzar las reivindicaciones históricas de los movimientos nacionalistas vasco y catalán. En ese sentido, Aznar rechaza términos y expresiones como el de «nación de naciones» o «Estado español», que considera no acordes con las líneas maestras del texto constitucional y como relativizadoras del hecho nacional básico. Igualmente, rechaza el federalismo, que considera ineficaz; y el principio de autodeterminación, al que califica de «extremismo antihistórico y simplista» 14.

Aznar ve en los movimientos nacionalistas periféricos una consecuencia de la propia diversidad española y de la debilidad del Estado español a lo largo del siglo XIX, así como de «la miopía de los excesos centralistas, la pujanza de la industria en Cataluña y el País Vasco, la recuperación literaria de los idiomas vernáculos y el anquilosamiento del nacionalismo español en fórmulas casticistas» 15. Este tipo de nacionalismo viene a ser, a su juicio, «una etapa defensiva del sentimiento por la tierra; un egocentrismo que madura cuando busca la

<sup>12</sup> AZNAH, *España. La segunda...* p. 30.

<sup>13</sup> AZNAH, *op. cit.* p. 28.

<sup>14</sup> AZNAH, *La España en que yo creo...* p. 204.

<sup>15</sup> AZNAH, *Libertad y solidaridad*, p. 158.

concordia con los demás pueblos y se integra en unidades superiores»<sup>16</sup>.

Frente al concepto de autodeterminación, Aznar, siguiendo a Fraga, defiende el de «autoidentificación», mediante el cual los individuos y los colectivos, a través de la autonomía regional, se insertan en sus realidades sociales más próximas sin romper con las unidades superiores, tanto nacionales como supranacionales<sup>17</sup>.

Aznar ha visto, a ese respecto, en la figura y la obra de Francesc Cambó un modelo a seguir con respecto a Cataluña y el País Vasco. El líder de la Lliga procuró fundir su catalanismo con un españolismo no absorbente a través de su idea de la «España grande», combinando principios de autonomía con los de la unidad nacional superior: «Cambó unía ambas cosas: personalidad catalana e ideal de una gran España»<sup>18</sup>.

A partir de estos planteamientos, Aznar ve en el Partido Popular al portavoz de un proyecto nacional español acorde con «la idea integradora y plural de nuestra identidad nacional y cultural». Uno de los elementos fundamentales de ese proyecto es la defensa de la cultura española y, particularmente, del idioma castellano, «la lengua española por antonomasia», «lengua común de los españoles», en «consonancia íntima con las demás lenguas de España»<sup>19</sup>.

Su proyecto nacionalista español se presenta como integrador, liberal y europeísta. En ese sentido, el líder popular se ha cuidado muy mucho de distinguir dos tipos de nacionalismo. De una parte, un nacionalismo xenófobo, exclusivista y desintegrador, que se concreta en «fundamentalismo étnico, cerrazón cultural, despotismo educativo», y de otro, un nacionalismo orientado a la solidaridad interestatal y, eventualmente, capaz de dar surgimiento a organizaciones políticas más complejas como puede ser el caso de Europa<sup>20</sup>.

José María Aznar ha encontrado el punto de referencia histórico de su proyecto político en la España de la Restauración. Bajo la égida del sistema canovista la sociedad española vivió, a su juicio, «unos niveles de paz, estabilidad, prosperidad y civilidad hasta entonces desconocidos», y el régimen político «permitió la creación de un Es-

<sup>16</sup> AZNAR, *La España en que yo creo...* p. 207.

<sup>17</sup> AZNAR, *op. cit.* p. 204.

<sup>18</sup> AZNAR, *op. cit.* p. 259.

<sup>19</sup> AZNAR, *op. cit.* pp. 145 y ss.

<sup>20</sup> AZNAR, *Libertad y solidaridad*. p. 26; *España. La segunda...* p. 30.

tado legítimo». En ese sentido, Aznar considera que la Restauración fue compatible con el proceso de democratización que iba gestándose en las entrañas de la sociedad española desde principios de siglo, y que fue cercenado de forma regresiva por el general Primo de Rivera: «(...) la salida hacia una democracia plena era difícil (pero no imposible) y, en cualquier caso, deseable» <sup>21</sup>. En consecuencia, se muestra muy crítico con la perspectiva de los representantes de la llamada generación del 98, a la que acusa de mantener «un ambiente intelectual en el que prevalecía una interpretación pesimista que acabó siendo negativa para España». «Personalmente, yo no comparto esa interpretación unilateral y pesimista del 98; hubo claroscuros, no sólo aspectos negativos. Por ejemplo: el sistema constitucional sobrevivió a la dura crisis derivada de la guerra, y el inicio de siglo abrió una nueva etapa política de modernización del país» <sup>22</sup>.

En los escritos y discursos del líder popular apenas existen menciones a la etapa de Franco. De vez en cuando, casi incidentalmente, se refiere a ésta como «un largo período de excepción» o «dictadura» <sup>23</sup>.

El franquismo sería, así, una especie de paréntesis, de anomalía histórica, tras el cual el progreso liberal continuaría su marcha. En este proceso de recuperación liberal el papel primordial corresponde a la Monarquía: «A su amparo, España recuperó el pulso histórico e inauguró un sistema de democracia y libertades más general y más abierto que los de los mejores momentos de los dos últimos siglos» <sup>24</sup>. Igualmente, valora de forma positiva la actuación de Don Juan de Borbón, «un español de pura cepa, grande de ánimo y generoso como POCOS» <sup>25</sup>.

Curiosamente, Aznar se identifica más con la experiencia de gobierno de la Unión del Centro Democrático que con la actuación de Alianza Popular a lo largo del período de «transición», y estima que las posibilidades de la derecha para volver al poder están en relación directa con la medida en que sepa aproximarse a lo que UCD fue en

<sup>21</sup> AZNAR, *La España en que yo creo...*, pp. 226-227; DEL CASTILLO, Pilar. «Conversaciones con José María Aznar», *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 41, octubre-noviembre, 1995, pp. 15-16.

<sup>22</sup> DEL CASTILLO, Pilar, *op. cit.*, p. 16.

<sup>23</sup> AZNAR, *España. La segunda*, p. 28; DEL CASTILLO, Pilar, *op. cit.*, p. 14.

<sup>24</sup> AZNAR, *España. La segunda*, *cit.*, p. 28; DEL CASTILLO, *Op. cit.*, p. 14.

<sup>25</sup> AZNAR, *La España en que yo creo...*, p.158.

su momento; es -dirá Aznar- «nuestro referente político inmediato» 26.

De esta forma, el discurso histórico-político de José María Aznar y del Partido Popular ha sido y es tributario de un entendimiento de la historia de España de orígenes intelectuales muy respetables, que emerge a partir de los años sesenta, aunque sus antecedentes sean mucho más remotos. Esta concepción histórica se ha difundido eficazmente a través de libros, ensayos, revistas y artículos de periódico, coincidiendo, además, con la crisis del paradigma historiográfico marxista y el auge del neoliberalismo, fundamentado en las obras de Karl Popper, Freiderich Hayek, Irving Kristol, Peter L. Berger, etc.

## 2. Reivindicación de la restauración

El régimen de la Restauración ha sido considerado por un amplio sector de nuestra historiografía como el sistema político farsante de una España «oficial» divorciada de la «real» e incapaz de modernizarla 27. No obstante, la imagen histórica de la Restauración ha sido revalorizada últimamente por un importante elenco de historiadores, entre los que destacan Carlos Seco Serrano, José Varela Ortega, Joaquín Romero Maura, Javier Tusell, Juan Pablo Fusi, etc., en cuyas obras se insiste, sobre todo, en su carácter «civilista» y liberal, e igualmente en los progresos materiales, sociales y económicos experimentados por la sociedad española bajo su égida. Paralelamente, la figura de Alfonso XIII y la de algunas figuras políticas del sistema, como Maura, Dato, Canalejas, Romanones, han suscitado el interés y el elogio de estos y otros historiadores 28.

Esta reinterpretación histórica ha tenido su más directo continua-

<sup>26</sup> CASTILLO, *op. cit.*, p. 14.

<sup>27</sup> Vid. TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Historia y realidad del poder*, Edicusa, Madrid, 1975; del mismo autor, *Poder y sociedad en España, 1900-1981*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992; Varios Autores, *La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura*, Madrid, 1985.

<sup>28</sup> Vid. SECO SERRANO, Carlos, *Alfonso XIII y las crisis de la Restauración*, Barcelona, 1969 (2.ª Y 3.ª ed., Madrid, 1979 y 1993); *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, 1984; VARELA ORTEGA, José, *Los amigos políticos*, Madrid, 1977; TUSELL, Javier, *Antonio Maura. Biografía Política*, Madrid, 1994; FUSI, Juan Pablo, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1928*, Madrid, 1975; FOHNER MUÑOZ, Salvador, *Canalejas y el Partido Liberal Democrático*, Madrid, 1993.



dor, dentro del Partido Popular, en Guillermo Gortázar Echeverría, uno de los historiadores más próximos a Aznar dentro del aparato del partido. Admirador de Hayek y Popper, crítico del «constructivismo» marxista y partidario de un «retorno a la narrativa»<sup>29</sup>, Gortázar se ha esforzado en conseguir una recepción aceptada del pasado acorde con el proyecto liberal-conservador de su partido. En ese sentido, su libro *Alfonso XIII, hombre de negocios*, resulta paradigmático. Esta obra intenta aportar nuevos perfiles no sólo a la figura del monarca, sino de la sociedad española de la época. Gortázar parte de una «visión positiva» del siglo XIX y de la Restauración: crecimiento sostenido de la economía, estabilización del liberalismo, circunstancias favorables para la libertad intelectual y económica, etc. Factores negativos como el caciquismo serían el reflejo de la «ausencia» de opinión pública, no del espíritu antiliberal del sistema político. Así, la Restauración supuso un perfeccionamiento de los mecanismos representativos del régimen liberal, institucionalizando el «turno» entre liberales y conservadores. No obstante, su élite no supo reformar políticamente el sistema, lo que llevó finalmente a su caída. Desde esa perspectiva, la figura de Alfonso XIII adquiere nuevos perfiles. El monarca, mediante su política inversora, sus relaciones con los círculos de la «aristocracia financiera» y de los empresarios de la época, se convirtió, en el contexto de una sociedad anclada todavía en los valores propios del «Antiguo Régimen», en un factor de primordial importancia para el despegue económico del capitalismo español<sup>30</sup>.

Igualmente, Gortázar se ha esforzado en defender al monarca y a algunos miembros de la élite política de la Restauración, como Romanones, de la acusación de corrupción económica. En contraste con la versión tradicional, la actuación de Alfonso XIII y de sus políticos se caracterizó por su honradez y patriotismo<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> GORTÁZAR, Guillermo, «Vidas entrecruzadas», *Nw'va Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 28, enero 1993, pp. 156-157; «La historia desconocida», *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 26, junio, 1992, p. 75.

<sup>30</sup> GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII, hombre de negocios. Persistencia del Antiguo Régimen. Modernización económica y crisis política, 1902-1931*, Madrid, 1986, pp. 12 Y ss.

<sup>31</sup> GORTÁZAR, *op. cit.*, pp. 174 Y ss.: «Política y negocios en la vida del Conde de Romanones», en GORTÁZAR, Guillermo (ed.), *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid, 1995, pp. 239 y ss.

Dentro de este intento de reivindicación del siglo XIX liberal y de la Restauración Gortázar organizó entre mayo y julio de 1993, en la Fundación Ortega y Gasset, un ciclo de conferencias con el título de «Nación y Estado en la España liberal», que contó con la participación de algunos de los historiadores e hispanistas más destacados del momento: Antonio Morales Moya, Miguel Artola, Carlos Dardé, Juan Pablo Fusi, Thomas Glick, Carlos Seco, Pedro Schwartz, José Varela Ortega y Charles T. Powell. El *leitmotiv* del ciclo no fue otro que, en palabras de su organizador, «poner de relieve el fecundo y positivo proceso de construcción del Estado nacional por parte de los liberales y conservadores en un largo período, el siglo XIX y principios del XX»<sup>32</sup>.

Así, Antonio Morales Moya analiza el papel de la Corona y de los hidalgos en los proyectos reformistas ilustrados del siglo XVIII como antecedentes de la constitución del Estado liberal. Juan Pablo Fusi, las dificultades de construcción de un Estado centralizado en España por las serias resistencias de las realidades provinciales y locales, profundamente arraigadas. Miguel Artola hace un balance del siglo XIX español, destacando que a lo largo de éste la sociedad española vivió en un régimen político liberal, bajo el amparo de la Monarquía constitucional. José María Aznar estudia la idea de España de los republicanos y federalistas durante el Sexenio revolucionario y las razones de su fracaso. José Varela Ortega valora positivamente la experiencia de la Restauración canovista como alternativa al sempiterno «golpismo de partido» y como solución para el establecimiento de un régimen liberal duradero, basado en el «turno» de partidos y en la hegemonía de la Corona. Por su parte, Carlos Seco defiende a los políticos de la Restauración de las críticas de ausencia de sensibilidad social, aduciendo los proyectos y la legislación de Dato y Canalejas. Carlos Dardé analiza el concepto de nación en Cánovas y sus relaciones con el liberalismo español. El hispanista Thomas Glick pone de relieve la emergencia del «discurso civil» en la España de la Restauración. Pedro Schwartz identifica al régimen actual como «una vuelta al sistema de monarquía parlamentaria que existió durante muchos años, desde 1873 a 1923» e insta a la derecha española a que abandone su admiración por el régimen y la figura del general Franco, al que califica de «aberración», entre otras cosas por sus «C05-

<sup>32</sup> GORTÁZAR, Guillermo. «Presentación», en *op. cit.*, p. 11.

tumbres cuasi-estalinistas» en materia económica. Charles T. Powell ensalza la actividad política del grupo «Tácito» en las postrimerías del régimen de Franco como portavoz de un proyecto político reformista contrario «tanto del inmovilismo exasperante de gran parte de la clase política en el poder como del rupturismo irresponsable defendido por la oposición antifranquista».

El ciclo de conferencias dio lugar a un libro con el mismo título, que fue presentado en sociedad el 16 de marzo de 1995 por Leopoldo Calvo Sotelo y el propio Aznar, quien se identificó plenamente con sus conclusiones <sup>33</sup>.

La defensa de la «tradición» liberal-conservadora ha tenido igualmente otros defensores en los órganos intelectuales afines al Partido Popular. En ese sentido, son significativos los artículos de José Manuel Cuenca Toribio sobre el parlamentarismo <sup>34</sup>. Y, sobre todo, el de Luis Arranz, para quien, finalmente, la derecha liberal, heredera de Cánovas, Silvela y Maura, ha logrado encarnar, frente a la derecha autoritaria y a la izquierda socialista, los supuestos de la «modernidad» política y económica «después de resistir muy duras pruebas históricas y pese a la hostilidad convergente en la que han coincidido y seguirán coincidiendo las tendencias antiliberales de la derecha y la izquierda»: «Ninguna de las otras tendencias de la derecha ni de la izquierda -continúa Arranz- ha defendido fundamentos mejores para organizar hoy nuestra vida política y económica europea.» En contraste, la izquierda española se ha caracterizado históricamente, según él, por la permanente ambigüedad con respecto al régimen constitucional; ha tenido siempre «un pie en la legalidad y otro en la revolución», de ahí su constante fracaso histórico <sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> AZNAR, José María, *La España en que yo creo. Discursos políticos (1900-1995)*, Madrid, 1995, pp. 223 Y ss.

<sup>34</sup> CUENCA TORIBIO, José Manuel, «El Parlamento de la democracia: sus cronistas y sus glosadores», *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, nº 31, octubre 1993, pp. 81 Y ss.

<sup>35</sup> ARRANZ, Luis, «Historia y política», *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 41, octubre-noviembre 1995, pp. 89 Y ss.

### 3. Manuel Azaña y el nacionalismo liberal español

En la asunción por parte del Partido Popular y su líder de ciertos aspectos de la «tradición» liberal ha tenido una influencia importante la labor del escritor y periodista Federico Jiménez Losantos, cuyos libros y artículos periodísticos han levantado fuertes polémicas. Exmiembro del PSUC, Jiménez Losantos publicó, cuando era profesor de instituto en Santa Coloma de Gramanet, el libro *Lo que queda de España*, recientemente reeditado, y que ganó el premio 1978 de la prestigiosa revista de izquierdas *EL Viejo Topo*. Su tesis, que levantó fuertes polémicas en Cataluña, es bien sencilla: existe un nacionalismo español, secular, liberal, en buena medida olvidado por las izquierdas, y que no se identifica necesariamente con el nacionalismo católico característico del régimen político nacido de la guerra civil <sup>36</sup>.

Al mismo tiempo, Jiménez Losantos planteó la protesta del escritor castellano que vive en Cataluña y que se opone a la obligatoriedad del catalán y a la política de «normalización lingüística», propugnada por los nacionalistas catalanes. Y en nombre de «la primera generación de la democracia», arremetió contra la izquierda catalana, representada por Manuel Vázquez Montalbán, Francisco Candel, José María Castellet, etc., acusándola de haber cometido «el desgraciado error de aceptar lo español como finca del franquismo» <sup>37</sup>. Desde entonces, las críticas de Jiménez Losantos -que sufrió un atentado por parte de nacionalistas radicales- al catalanismo de Jordi Pujol han sido constantes.

Frente a los nacionalismos vasco y catalán, Jiménez Losantos estima que la obra de Manuel Azaña debe ser la fórmula política del nacionalismo español. A su entender, Azaña es «el primer gran predicador laico español» del nacionalismo liberal, que arranca de las Cortes de Cádiz «una idea de España identificada con la libertad y la continuidad histórica». Es «el protagonista del último proyecto de refundación de España en términos de libertad y conciencia nacional». Su ideario es el «cuerpo doctrinal más sólido de nuestro nacionalismo democrático», y que puede ser incluido «en el pensamiento liberal-conservador, aunque su actuación política pueda desmentirlo

<sup>36</sup> JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico, *Lo que queda de España. Con un prólogo sentimental y un epílogo balcánico*, Madrid, 1995, pp. 162 Yss.

<sup>37</sup> JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico, *op. cit.*, pp. 185 Yss.

más que su ideología». «El Dios de Azaña -dirá- es la Nación entendida al modo republicano, es decir, como Estado soberano que justifica el culto a su pasado mediante las libertades que garantiza en el presente»<sup>38</sup>.

Jiménez Losantos se ha esforzado en divulgar el pensamiento azañista a través de una serie de antologías, de las que ha sido introductor y prologuista. Su discutida y discutible obra *La última salida de Manuel Azaña* fue galardonada en 1994 con el Premio «Espejo de España». Y en la presentación del libro, José María Aznar se identificó públicamente con los planteamientos de su autor: «En esta hora de España, integración nacional e integridad democrática son para mí los acicates para el desempeño de las misiones de Azaña»<sup>39</sup>.

Sin embargo, esta interpretación del legado azañista no es compartida por otros intelectuales liberal-conservadores o simpatizantes del Partido Popular. Así, Gortázar, con más conocimiento de causa a mi juicio, ve en el político alcalaíno un escritor «radical-liberal» que no fue capaz de asumir los supuestos del liberalismo anglosajón, lo que explica su estatismo y sus concesiones al constructivismo abstracto: «Don Manuel Azaña utilizó la razón para transformar la realidad por medio del Estado y al final la realidad se impuso, como se impone siempre a los que han pretendido realizar la ingeniería social»<sup>40</sup>. En el mismo sentido se expresa otro historiador liberal-conservador, Luis Arranz, para quien Azaña «no pertenece a ninguna de las tendencias políticas de la derecha»<sup>41</sup>.

<sup>38</sup> JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico, Prólogo a Manuel Azaña, *Antología. 2... Discursos...*, Madrid, 1983, pp. 14 y 15; *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, 1994, p. 270; *Lo que queda de España...*, p. 403.

<sup>39</sup> AZNAR, José María, *La España en que yo creo...*, p. 157.

<sup>40</sup> GORTÁZAR, Guillermo, «Azaña: de la política a la historia», en *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 10, diciembre 1990, p. 26.

<sup>41</sup> AHANZ, *op. cit.*, p. 90. Otros miembros del Partido Popular se han mostrado tan críticos como JIMÉNEZ LOSANTOS en relación al nacionalismo catalán, como es el caso de Aleix Vidal-Quadras, líder de éste en Cataluña. Vidal-Quadras ha sido uno de los críticos más inequívocos y mordaces de las bases ideológicas del catalanismo conservador y de la actuación política de su líder, Jordi Pujo! Vidal-Quadras considera todo nacionalismo como un producto intelectualmente «inferior»; ya los pensadores catalanistas, como Torras i Bages y Prat de la Hiba, intelectuales de «segunda fila», cuyas bases doctrinales eran, además, muy débiles, como lo demuestra su mitificación de la Cataluña medieval, del régimen corporativo y gremial. Espacialmente grave es, a ese respecto, el terna lingüístico, porque el nacionalismo catalán es, a su juicio, incapaz de reconocer el «sincretismo cultural» que caracteriza al conjunto de la sociedad ca-

#### 4. Don Juan de **Borbón**, el eslabón perdido

De la misma forma, el proceso de «transición» hacia la democracia liberal ha producido en la historiografía española una revalorización de la Monarquía como «institución ejemplar» y de la figura de sus representantes contemporáneos <sup>42</sup>.

En muchos casos, el objetivo de esta revalorización ha sido el de dotar a la institución de una nueva legitimidad que sirviese para unir un pasado que tiende a persistir con los factores de innovación que han ido apareciendo, de manera que se mantenga en una sustancial continuidad histórica. En ese contexto, la figura de Don Juan de Borbón ha sido presentada como el eslabón perdido de la «tradición» monárquica liberal y constitucional finalmente reconciliada con la democracia. Desde esta perspectiva, pues, el retorno de la Monarquía vino dado por su propio dinamismo histórico y en contra del general Franco, derivando así toda la legitimidad del actual monarca de Don Juan de Borbón, cuyo proyecto político sería, así, un antecedente directo de la «transición» democrática y del nuevo régimen.

El defensor más radical de esta línea interpretativa ha sido el historiador José María Toquero, quien en sus obras *Franco y Don Juan. La oposición monárquica al franquismo y Don Juan de Borbón. El Rey Padre*, ha sostenido, entre otras cosas, que la llamada oposición monárquica fue la más importante y decisiva; que Don Juan de Borbón fue el enemigo más radical e implacable de Franco y su régimen; que el pueblo español, en su inmensa mayoría, anhelaba, a la altura de 1942, el retorno de la Monarquía, y que, en fin, el Pretendiente al trono fue, a lo largo de toda su vida, un liberal <sup>43</sup>.

---

taJana, en la que conviven armónicamente y se entrecruzan castellano y catalán (vid. VIDAL-QUADRAS, Aleix, *Cuestión de fondo*. Barcelona, 1993, pp. 28, 84, 40, 108 Y ss.

<sup>42</sup> Vid. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, «La invenció d'una tradició. Visió històrica de la monarquia durant la transició democràtica», *L'Avenç*, núm. 182, junio 1994, pp. 8-14.

<sup>43</sup> TOQUERO, José María, *Franco y Don Juan. La oposición monárquica al franquismo*, Barcelona, 1989; *Don Juan de Borbón. El Rey Padre*, Barcelona, 1992. La tesis defendida por este autor no es en modo alguno original: ya había sido defendida, aunque con más serenidad, por otros escritores monárquicos como GONZÁLEZ DORIA, Fernando, *Don Juan de Borbón. El padre del Rey*, Madrid, 1976; SALMADOR, Víctor, *Don Juan de Borbón. Grandeza y servidumbre del deber*, Barcelona, 1976; VIDAL SALES, José Antonio, *Juan de Borbón. Biografía*, Barcelona, 1984.

Este tipo de interpretaciones pueden ser, no hay duda de ello, coyunturalmente muy rentables, pero apenas tienen algo que ver con la historia, porque, como ha señalado Javier Tusell, tienen, entre otros, el inconveniente de «sobervalorar la posición propia tanto con respecto al resto de las existentes como eludiendo referirse a los puntos de contacto con el régimen» 44.

Menos interés historiográfico, a pesar de su resonancia pública, tiene la obra del periodista Luis María Ansón, *Don Juan*, cuyas tesis principales han suscitado fuertes críticas. En realidad, la obra de Ansón no es, a pesar de su título, una biografía de Don Juan de Borbón, ya que su trama se centra en la figura de Pedro Sainz Rodríguez, a quien el autor presenta como el autor político e intelectual de la restauración monárquica y, por ende, de la propia «transición», que tendría planeada, en sus rasgos esenciales, nada menos que en 1931. En el fondo, *Don Juan* viene a ser un mero instrumento en manos del omnipresente y clarividente Sainz Rodríguez. Gracias a la estrategia diseñada por éste, Don Juan y su hijo engañaron a Franco y pudieron llevar a cabo su viejo proyecto político 45.

En la obra de Ansón los argumentos son tan inverosímiles y las trampas tan visibles, que no han podido ser tornados en serio por la historiografía científica 46.

Es obvio, por otra parte, que la actual Monarquía no puede basarse en esa pretendida legitimidad dinástica, ya que, como ha destacado Santos Juliá: «Don Juan Carlos es rey legítimo porque, a diferencia de sus antecesores Fernando VII, Isabel II y Alfonso XIII, se ha mantenido fiel a la Constitución española, que es desde 1978 la única fuente posible de legitimidad de la Corona» 47. Por otra parte, a un nivel puramente historiográfico, resulta evidente lo sesgado e insuficiente de tales interpretaciones. A nuestro entender, estos intentos no sólo han resultado estériles a la hora de demostrar la existencia de una oposición monárquica al franquismo —porque resulta difícil de considerar tal algo que, en el mejor de los casos, estaba más

44 TUSELL, Javier, «La dictadura de Franco a los cien años de su muerte», en FUSI, Juan Pablo (ed.), «La Historia en el 92», *it.yer.* núm. 10, 1993, pp. 22.

45 ANSÓN, Luis María, *Don Juan*, Barcelona, 1994.

46 Vid. SECO SERRANO, Carlos, «¿Don Juan... o Don Pedro?», en *Claves de Razón Práctica*, núm. 52, mayo, 1995, pp. 61 y ss.; TUSELL, Javier, *El País*, 5 de diciembre de 1994.

47 «Fabular el pasado». *El País*, 8 de noviembre de 1994.

próximo a actividades de individuos, no de colectivos, implicados en acciones de carácter más legal que ilegal-, sino igualmente al conocimiento histórico de Don Juan de Borbón; y ello es así porque el análisis de su trayectoria vital y, sobre todo, de su actividad política se ha realizado al margen de su contexto histórico. Al ser presentado como un hombre sin fisuras, de coherencia total, se priva al personaje de sus posibles méritos. Don Juan de Borbón fue el producto de una de las etapas más conflictivas de la historia contemporánea española. Si se tienen en cuenta las circunstancias de la caída de la Monarquía en 1931 y el ambiente político e intelectual dominante en la España y en la Europa de entreguerra, no resulta difícil entender por qué Don Juan fue entusiasta de «Acción Española», que se ofreciera a Franco durante la guerra civil, o que demostrara más interés por el Portugal salazarista que por el New Deal rooseveltiano. Y tampoco entra dentro de la elemental verosimilitud histórica una ruptura real entre él y el general Franco, porque el destino de Don Juan y el de la propia Monarquía estaba en manos de los vencedores de la guerra civil<sup>48</sup>.

Tales aporías no han impedido, sin embargo, que esta interpretación haya sido asumida acríticamente por el conjunto de las publicaciones conservadoras y próximas al Partido Popular. Para ellos, la Monarquía es «la clave de la transición», y ésta consecuencia directa del proyecto «reconciliador» de Don Juan de Borbón esbozado ya en 1943<sup>49</sup>.

Este último es, sin duda, el punto más débil del intento de reinterpretación histórico propiciado por las élites políticas e intelectuales de la derecha liberal-conservadora. Y pone de relieve, una vez más, el peligro de un análisis histórico excesivamente sesgado y apegado a la coyuntura política actual de procesos que se generan en el pasado y que de un modo u otro siguen actuando hoy.

Por otra parte, sería injusto no insistir en las virtualidades prácticas que este intento de reinterpretación histórica, entendido en su globalidad, lleva consigo. El retorno a la «tradición» liberal-conservadora y la revalorización histórica de sus realizaciones y de sus

<sup>48</sup> Vid., en este sentido, DE BORBÓN, Juan, «Declaraciones políticas de S. M. el Rey (1950-1964)», *Cuadernos de Política e Historia*, Madrid, 1964, pp. 19, 22 y ss.

<sup>49</sup> FONTÁN, Antonio, «Las claves de la transición», *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 3, abril 1990, p. 74; «Don Juan en la historia», *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 29, abril 1993, pp. 3.



representantes era algo, políticamente, obligado. Siempre, claro está, que esta valorización se haga con la suficiente perspectiva crítica, capaz de dar cuenta de sus numerosos puntos débiles con objeto de extraer lecciones para la actualidad. Poco entenderíamos de nuestro presente si no realizamos un análisis profundo de las causas del fracaso del régimen de la Restauración, que se desmorona en la crisis de 1917, aunque la dictadura militar lo prolongase hasta 1931. La II República surgió, no lo olvidemos, de la lenta descomposición de un sistema político incapaz de plantear, cuando menos de resolver, ninguno de los graves problemas del país, algunos de los cuales continuamos arrastrando. Ciertamente, no podemos buscarnos nuestras propias «tradiciones», pero sí que debemos saber que está en nuestra manos el decidir cómo podemos proseguirlas. Pues toda prosecución de la «tradición» es selectiva, y es precisamente esta selectividad la que ha de pasar a través del filtro de la crítica, de una apropiación consciente de la propia historia.

## *Críticas*



## CIEN AÑOS DE NACIONALISMO VASCO

Los aniversarios de acontecimientos históricos constituyen habitualmente un buen negocio para los libreros. Cuando de repente políticos que en su vida no han leído ni un libro de historia hablan como si de fieles discípulos de Ranke se tratara, o cuando los periodistas rompen su trabajo rutinario e introducen reiteradamente desconcertantes referencias históricas en sus reportajes sobre la política diaria, entonces ya no hay dudas: el terreno está abonado para lanzar al mercado todo tipo de productos impresos relacionados con los más variados aspectos del aniversario histórico que se está celebrando. La generalmente maltratada comunidad de historiadores suele aprovechar esas situaciones de bonanza coyuntural para dar a conocer los frutos de su trabajo a sabiendas de que el que no se sube al tren del aniversario muchas veces tendrá que esperar al siguiente, por lo menos cincuenta años después, si no quiere recurrir a la autoedición. Pero, afortunadamente, este cíclico rebrote de la memoria histórica colectiva no mejora únicamente la contabilidad de la industria editorial. En muchos casos produce también un notable avance en nuestro conocimiento histórico. Se podrían mencionar muchos ejemplos para comprobar esta tesis, empezando con la celebración del bicentenario de la Revolución Francesa, pasando por la avalancha bibliográfica en torno al cincuentenario de la Guerra Civil española, hasta llegar a la fecunda producción histórica sobre las diferentes formas

de resistencia que han invadido los escaparates de las librerías alemanas al hilo del cincuentenario del fallido atentado contra Hitler.

Sin embargo, y como no puede ser de otra forma, en Euskadi las cosas son diferentes. Este año se celebra el centenario de la fundación del Partido Nacionalista Vasco, que es, después del PSOE, el partido político más antiguo aún operante en el marco del sistema de partidos políticos del Estado español: ¡todo un acontecimiento! Volviendo al párrafo anterior, **empero**, no creo que la respuesta bibliográfica de los últimos meses haya estado a la altura de las circunstancias. A pesar de los suplementos específicos que casi todos los diarios de ámbito vasco han presentado, en líneas generales se puede afirmar que se ha publicado más bien poco, si bien entre este poco se encuentren algunas aportaciones de indudable, a veces extraordinaria, calidad. Para empezar con la ausencia quizá más notoria: ¿Cómo se puede explicar que después de cien años el lector interesado no cuente todavía con una obra compacta y coherente sobre las diferentes etapas de la historia del nacionalismo vasco, una obra que corrija los errores de Payne y no se deje arrastrar por la tentación, tan extendida entre muchos *expertos* en nacionalismo vasco, de convertir lo escrito en un catecismo para el creyente antinacionalista o pronacionalista? Da la impresión de que los mismos responsables del PNV se han dado cuenta de este realmente escandaloso déficit y su reciente decisión de encargar a un grupo de historiadores profesionales independientes la elaboración, con el debido rigor científico y la necesaria amplitud de miras, de una obra que pueda llenar este vacío es una señal positiva. Habrá que ver si la prometida completa libertad que se les ha garantizado a los miembros del grupo de trabajo a lo largo de los próximos meses (años) se convierte en realidad y consigue romper así con una tradición de oscurantismo e instrumentalización de la historia con fines partidistas que no es ajena a la historia del nacionalismo vasco.

Este último aspecto constituye precisamente el tema tratado en dos apartados del libro que José Luis de la Granja ha publicado a raíz del centenario peneuvista (capítulo 2: «Sabino Arana: La Invencción de la Historia Vasca»; capítulo 6: «Los Estudios sobre el Nacionalismo Vasco: de la Hagiografía a la Historiografía») <sup>1</sup>. Muy en la línea de Hobsbawm, aplicado al caso vasco con maestría por Jon Jua-

---

<sup>1</sup> GRANJA SAINZ, José Luis, *El nacionalismo vasco; un siglo de historia*, Tecnos, Madrid, 1995.

## Críticas

risti entre otros, Granja reconstruye con un estilo fluido y siguiendo una línea argumental clara y precisa la manipulación de la historia por parte del fundador del nacionalismo, pero también por parte de sus futuros contrincantes del campo político opuesto. La creación del *mito fundacional* y el retorno a la perdida *edad de oro* es un elemento consustancial y esencial no sólo para el nacionalismo de Sabino Arana, sino para todos los nacionalismos. Basándose en una evaluación crítica de un amplio abanico de fuentes, Granja revela el papel crucial que la historia tuvo para el primer Sabino Arana, 10 que curiosamente cambió a partir de su elección como Diputado Provincial de Bizkaia en 1898. El *segundo* Sabino Arana, más pragmático, moderado y para algunos incluso españolista, abandonó casi por completo su interés histórico. En otras palabras, su evolución política hacia la *Realpolitik* no se reflejó en una revisión de sus primeros postulados históricos, lo que abrió la puerta a la prolongación de la *mitificación* histórica por parte de sus seguidores. Sin embargo, esta sugerente y bien fundamentada tesis plantea una serie de interrogantes cuando se eleva a un nivel más abstracto y genérico. ¿Podemos realmente afirmar tan categóricamente, tal y como lo hace el autor (p. 51), que la invención e instrumentalización de la historia es una característica que distingue a los nacionalismos «de la mayoría de los movimientos políticos, que no hacen de la historia un factor básico de su doctrina»? Existen opiniones de peso, como la de Furet, por sólo mencionar la más reciente, que aplican este mismo esquema interpretativo a otros movimientos políticos y sociales no nacionalistas. Pero esta discusión rompería el marco de este excelente libro que contiene otros cuatro artículos sobre la historia del nacionalismo vasco, algunos inéditos, otros anteriormente publicados y revisados para esta edición conjunta.

Si el interés de Granja abarca principalmente los períodos históricos previos a la Guerra Civil, los tres tomos sobre la *Historia del Nacionalismo Vasco y de ETA* que ha presentado F. Letamendia se centran en el franquismo, la transición y la democracia posterior<sup>2</sup>. La base de este trabajo la constituye su tesis doctoral, leída en 1991 en la Universidad de París VIII, añadiéndose en esta ocasión unos capítulos que alargan la exposición de los hechos hasta finales de 1992

---

<sup>2</sup> LETAMENDIA BELZUNCE, Francisco, *Historia del nacionalismo y de ETA*, 3 vols., H+B Ediciones, San Sebastián, 1994.